

Capítulo 22 - El Corazón de las Cenizas - La Balada de un Dragón Semibenévolo

- [Capítulo 22 - El Corazón de las Cenizas - La Balada de un Dragón Semibenévolo](#)

Capítulo 22 - El Corazón de las Cenizas - La Balada de un Dragón Semibenévolo

Harald todavía se pinchaba a menudo para asegurarse de que no estaba soñando. Se había resignado a vivir en los márgenes de la sociedad enana, tras abandonar las Montañas del Garra Celeste, para salvar tanto a él como a su hermano de las intrigas de la nobleza enana. En un mundo más justo, habría servido honorablemente como mano derecha de su hermano. Sin embargo, sus habilidades habían provocado que los seguidores de este lo miraran con creciente desconfianza. Antes de que pudieran forzar a su hermano a actuar o tomar medidas por sí mismos, Harald se había marchado, exiliándose casi por completo junto a sus seguidores en las remotas colinas donde yacía enterrado el navío celeste. Si no podía servir con honor, quizás podría hallar consuelo en indagar en el pasado ancestral de su pueblo. Existían innumerables historias, muchas que él había considerado simples relatos fantásticos, acerca de lo que los antiguos enanos eran capaces de hacer. Ahora, sin embargo, se había convertido en un creyente. ¿Y cómo no habría de serlo? Se hallaba en la cubierta de una nave del cielo, aquella antigua embarcación que ya no era una ruina enterrada en la tierra, sino que había sido restaurada y navegaba de nuevo por los cielos. Solo el pensamiento le hacía latir el corazón con orgullo. Después de la muerte de Goldwing, su leal rocs, nunca se había sentido capaz de montar a otro rocs. Pero la nave del cielo era distinta. No estaba traicionando a su viejo amigo ni reemplazándolo por otra montura. Ah... si solo Goldwing siguiera vivo. Sabía que aquel ave habría amado la vista. Los rocs eran veloces y ágiles en el aire, pero poco adecuados para largos vuelos sobre tierra abierta. Su mejor momento era entre las cumbres imponentes de las montañas, donde podían cabalgar los vientos y posarse en las pendientes escarpadas. La tierra que Doomwing les había ofrecido sería ideal para Goldwing, si no fuera por el calor. Su viejo amigo siempre había preferido el frío invierno al clima más templado del verano, y el terreno bajo ellos no era en absoluto frío. La colosal cima que debía ser el volcán de Doomwing se alzaba en la distancia, ríos de lava de fuego líquido corrían desde su cumbre y brotaban por fisuras en sus lados. A su alrededor, el paisaje se partía en cañones serpenteantes, cuyas profundidades estaban iluminadas por el feroz brillo de la lava. Los fumarolos expulsaban gases tóxicos al aire, y vastas llanuras de rocas filosas se extendían, rotas solo por ríos de lava y colinas de obsidiana y granito surgidos desde las profundidades de la tierra. Incluso para un enano, vivir en un terreno tan áspero habría sido imposible. Afortunadamente, el territorio que Doomwing les había ofrecido estaba más alejado. Debajo de ellos, el terreno volcánico se había convertido en escarpados relieves y montañas ondulantes. Hace mucho, quizás más de una era, esta tierra también había sido atravesada por el fuego. Ahora, sin embargo, estaba enfriada, y los temblores que sacudían las zonas cercanas al volcán se habían detenido. Era un territorio valioso, tierra donde la sangre fundida de la tierra había arrojado riquezas que ahora se hallaban sepultadas

desde el corazón del mundo. Un enano paciente y con buen ojo para la geología podría hacer una fortuna aquí, y Harald poseía ambas cualidades. Solo faltaba escoger el lugar idóneo. Una buena ubicación debía estar cerca de los depósitos minerales que tanto anhelaban él y su pueblo. También tenía que ser defendible y permitir futuras expansiones. Si todo salía bien, Harald planeaba contactar a sus seguidores que quedaban en las Montañas del Garra Celeste y a las diversas compañías enanas que vagaban en busca de nuevos hogares y riquezas. Ya había conversado con Doomwing al respecto, y el dragón había aprobado sus planes. La vida de los enanos independientes era dura. Los mejores territorios, ricos en recursos y situados en lugares fáciles de colonizar, ya estaban ocupados. Por ello, debían conformarse con sobrevivir de lugar en lugar, explotando pequeñas vetas que encontraban y marchándose cuando agotaban los recursos. En general, los enanos no guerreaban entre sí; quienes perdían conflictos políticos o discrepaban del régimen dominante eran exiliados. De ahí provenían la mayoría de las compañías enanas libres. Harald podría ofrecerles nuevos hogares bajo un rey que comprendiera lo que era ser desplazado de la seguridad de sus montañas. Muchos aceptarían, sobre todo si la región fuese tan rica como Doomwing prometía. Otros serían reacios a arrodillarse, a renunciar a su independencia por tanto tiempo mantenida. Doomwing tendría que hablar con cada uno en particular. Los que aprobara podrían recibir su propio territorio para trabajar, aunque el dragón había prometido que ninguno sería coronado rey como Harald. Quizá, con el tiempo y si demostraban su valía, podrían ascender a la realeza, pero Harald conocía a muchas de esas compañías enanas. La mayoría estaban compuestas por enanos dignos y fiables, pero apenas sobrevivían, arrastrándose año tras año. Por cruel que pareciera decirlo, ningún otro grupo podía igualar el talento y la destreza de Harald, y sabía que ninguno de sus líderes se le comparaba. Si alguna vez llegaran a ser reyes, sería en generaciones futuras, y para entonces, la línea de Harald estaría segura, con sus descendientes tan prosperos que nadie podría amenazarlos, salvo Doomwing mismo. Sus labios se curvaron. Doomwing se estaba contagiando de su avaricia dracónica. Su hijo mayor se acercó, y Harald sonrió al ver que Leif se detuvo a su lado, observando las tierras que serían de ellos. "Padre", dijo Leif, "nuestros exploradores regresaron con sus informes." Le entregó varios rollos de pergamino. "Son sus hallazgos." Harald hojeó los informes. Los exploradores habían volado en sus rocs. Todos sabían detectar signos de riqueza mineral y habían recibido enseñanzas mágicas de Doomwing para facilitar las prospecciones. El dragón era una fuente inagotable de conocimientos mágicos, y había compartido algo de esa sabiduría con quienes consideraba dignos durante su viaje. La capacitación no había sido fácil. Harald también la había pasado, vomitando sangre varias veces, y solo su voluntad de hierro y disciplina lo habían protegido de suplicar por misericordia, como tantos otros. Sin embargo, valió la pena. Los hechizos de prospección que Doomwing les enseñó hacían mucho más sencillo reconocer sitios prometedores, reduciendo semanas o meses de trabajo a minutos u horas. Harald les había ordenado mantener en secreto esos hechizos, pues conocía el rencor que podrían despertar en otros enanos. La historia enana estaba llena de delitos cometidos incluso contra sus propios parientes por mágicas menos potentes que las que Doomwing les había brindado. "Una miseria", había gruñido el dragón. "Pero suficiente para tus requerimientos y acorde a tus habilidades." Le dio a entender que quizás existía magia capaz de localizar solo el mineral deseado, pero decidió no preguntar. Si tal magia existía y no lograba aprenderla, enloquecería. Los informes eran optimistas. Cada explorador había encontrado una zona potencial. Sin embargo, la sonrisa de su hijo sugería que había algo más. Después de todo, su hijo también había salido en busca de un sitio adecuado, y su informe no estaba entre los que Harald había leído. "Dame tu informe, hijo", dijo Harald. Leif sonrió aún más, y le entregó el pergamino. Harald lo leyó con atención. Esto... si el informe de su hijo era cierto, entonces habían

encontrado el lugar perfecto para su gente. Harald aclaró su garganta y se dirigió a la tripulación en la cubierta. "Pongan rumbo a los picos gemelos que tenemos delante."

El rey Bjorn de las Montañas Sky Claw se alegraba de estar fuera de sus cámaras del consejo y dentro de una mina apropiada nuevamente. Desde que su hermano, Harald, prácticamente se exilió del reino, se había vuelto cada vez más irritable con sus partidarios. Su abuelo fue un necio que desperdició gran parte de la riqueza del reino y las vidas de muchos de sus soldados en guerras inútiles contra las tribus de las montañas y las colinas, sin mencionar sus malas relaciones con los otros reinos de los enanos. Su padre fue algo mejor, pero cometió varios errores costosos en sus tratos con las dríadas que gobernaban los bosques de los cuales los enanos obtenían gran parte de su alimento. El resultado final fue que el poder de su familia era el más débil desde que uno de sus ancestros supuestamente cayó en las meras susurraciones locas del dios zorro. Bjorn quería, más que cualquier otra cosa en el mundo, restaurar el honor y el poder de su familia. Soñaba con hacerlo acompañado de Harald. Bjorn era un guerrero pobre y había sido enfermizo en su juventud, pero era un administrador talentoso y habilidoso en la negociación. Harald, mucho mejor en combate y bendecido con carisma y fuerza bruta, sería su mano derecha sólida. A pesar de sus diferencias, Bjorn confiaba plenamente en su hermano. Más de una vez, cuando estaba demasiado enfermo para salir solo de la montaña, Harald lo había llevado sobre sus espaldas, para que pudiera sentir el viento fresco, la brisa y el sol sobre su rostro. ¿Lo haría un usurpador? Pero a medida que Harald había ido ganando más éxitos, los partidarios de Bjorn empezaron a gustarle cada vez menos. La situación se volvió tan grave que temía que uno de ellos fuera demasiado lejos. Bjorn había querido reaccionar, pero Harald le había aconsejado que no lo hiciera. Todavía su familia era demasiado débil para mantener el trono sin ayuda. Bjorn necesitaba a sus partidarios, y el reino necesitaba a Bjorn. Bajo el reinado de Bjorn, el reino había progresado fortaleciendo sus vínculos diplomáticos y realizando diversas reformas, restableciendo las relaciones rotas por su abuelo y su padre. Y así Harald había ido al exilio... y Bjorn lo había dejado porque, a pesar de su inteligencia, no veía un camino mejor. La punzada en su corazón y la vergüenza le carcomían. Harald siempre había sido un hermano leal y había hecho mucho para ayudarlo, pero Bjorn no había podido apoyarlo en sus momentos más difíciles. Desde el exilio de su hermano, Bjorn ayudaba en lo posible, enviando comerciantes a las tierras de los pies de las montañas de vez en cuando, y manteniendo siempre precios razonables, a pesar de que fácilmente podrían haber aprovechado la situación para engañar a Harald y a sus seguidores. Si los comerciantes mencionaban ocasionalmente que los exiliados carecían de algo que solo Bjorn podía enviar más tarde con la próxima caravana, bueno, eso era solo una coincidencia, o eso decía cuando le preguntaban al respecto. Pero luego, llegó una noticia a través de un comerciante en quien Bjorn confiaba al máximo. Harald y sus seguidores estaban partiendo. Su hermano le había ofrecido un reino propio con el apoyo de un dragón, y no cualquier dragón. Doomwing, uno de los grandes dragones primordiales, había hecho la propuesta. Si hubiera sido un dragón menor, Bjorn hubiera temido que fuera una trampa, pero Doomwing no era un dragón menor. Era una fuerza de la naturaleza, un ser tan poderoso que solo él podría sitiar las Montañas Sky Claw y salir victorioso. Si hubiera querido hacerle daño a Harald, lo habría logrado con facilidad. La oferta debía ser legítima. Bjorn guardó la noticia para sí y juró mantener el secreto al comerciante. Dudaba que incluso sus partidarios más locos pudieran atacar a Harald ahora que estaba tan lejos y bajo la protección de un dragón primordial. Sin embargo, era mejor no tentarlos. Tal vez, en unas décadas, cuando el hijo de Bjorn estuviera listo para sucederlo, podría purgar a los más radicales entre sus partidarios. Sería su último acto como rey y un regalo adecuado para su hijo. Mientras tanto, solo podía esperar

lo mejor y desearle suerte a su hermano. Verdaderamente, desde lo más profundo de su corazón, creía que Harald sería un buen rey. Si las hadas le eran benévolas, quizás se reencontrarían como reyes en la próxima gran asamblea de los enanos. Pero en ese momento, lo habían llamado a una de sus nuevas minas — o más bien, se había colado él solo — después de haber oído sobre algunos sucesos muy peculiares. La nueva mina seguía un filón de oro hacia las profundidades, solo para topar con un material extraño. Era una sustancia rocosa de algún tipo, pero parecía ser completamente impermeable a las máquinas y magias de minería conocidas. Incluso había usado uno de los pocos taladros de adamantium encantados, un relicario inestimable de una era pasada, solo para que se rompiera como si fuera de cobre. Naturalmente, el líder de los mineros quedó horrorizado, seguramente imaginando el enorme costo de reparar una reliquia antigua, pero a Bjorn le interesaba más saber qué clase de material podía burlarse de un dispositivo tan extraordinario. "Por aquí, Majestad." Un enano corpulento lo condujo por un pasaje. "¿Has probado rodear el obstrucción?" preguntó. Si no podían perforar esa roca extraña, rodearla parecía una buena alternativa. "Lo hemos intentado. Hemos cavado cientos de pies en todas las direcciones y seguimos topándonos con ella. Nuestra magia dice que la obstrucción podría tener un largo de aproximadamente una milla y media." Bjorn decidió inmunizarse. "Tendremos que cambiar totalmente la mina para ajustarnos a eso." Se detuvieron al llegar al final del pasadizo. "¿Eso... es todo?" "Sí." El enano asintió y levantó su lámpara para mostrarle mejor la pared de roca extraña al final del pasadizo. "Nunca había visto algo así." Bjorn asintió lentamente. La roca era... extraña. Le recordaba a las piedras ásperas y irregulares que suelen encontrarse cerca de los volcanes antes de que la erosión y el tiempo las aplanaran. Pero esas piedras tenían tonos marrones o negros. La roca frente a él era de una mezcla de colores, desde marrón y negro hasta naranja, amarillo y rojo. Ruturas en la roca también se veían, y un tenue resplandor anaranjado brillaba desde su interior, casi como si miraran hacia el corazón de un volcán. "¿Ha habido actividad volcánica en esta zona?" preguntó Bjorn. "¿Algún tubo de lava?" El enano negó con la cabeza. "No, desde hace miles de años, por lo que vemos." "Eso es extraño... ese resplandor... parece volcánico, pero..." El suelo tembló y Bjorn quedó congelado. "¿Lo sentiste?" "Sí," dijo el enano, con los ojos abiertos de par en par mientras otro temblor sacudía la tierra a su alrededor. El resplandor volcánico proveniente de la roca se intensificó. "Majestad, tenemos que irnos. ¡Ahora!" Bjorn no discutió. Se dio la vuelta y huyó lo más rápido que pudo. Toda la mina fue evacuada, y Bjorn se apartó a una distancia segura en una ladera de una montaña cercana mientras las vibraciones se hacían más fuertes. "¿Qué está pasando?" preguntó a uno de los mineros, un enano anciano que especializaba en magia para mirar en la tierra. "¿Es un volcán?" El anciano negó con la cabeza. "No. No es un volcán. Es un dragón." "¿Un dragón?" Bjorn parpadeó. "¿Acabas de decir un dragón? Las vibraciones vienen del subsuelo. ¿Me estás diciendo que hay un dragón—" La mina explotó. Esa era la única forma de describirlo. La montaña se deshizo. Fisuras rasgaron la ladera, y grandes losas de roca y piedra salieron disparadas al aire. Bjorn gritó a sus magos que levantaran magias defensivas mientras invocaba la energía de los artefactos antiguos que llevaba para protegerse a sí mismo y a los que estaban cerca. Fue justo suficiente. Desde las profundidades de la montaña destruida, emergió una ola de calor y luz volcánica. Garras enormes atravesaron la tierra y de entre todas las rocas, surgió una cabeza mayor que cualquier cosa que Bjorn hubiera podido imaginar. Sus ojos, que relucían como volcanes, giraron en sus cuencas y lo miraron a él y a los demás enanos, quienes quedaron paralizados de terror repentino e instintivo. Incluso Bjorn, equipado con las reliquias de sus ancestros, no pudo mover un músculo. Sus ojos se dilataron por un momento, y luego el dragón se levantó, sacudiéndose la montaña. La montaña se partió por completo mientras el dragón extendía sus alas con fuerza suficiente para arrojar los escombros del pico como si toda esa roca y piedra —

toneladas y toneladas de material — no fueran más que gotas de agua en su espalda. Con una percepción borrosa, se dio cuenta de que el material que había bloqueado el pasadizo no era roca en absoluto. No. Eran las escamas del dragón. En su vida había visto dragones antes, pero siempre habían sido criaturas elegantes, diseñadas para volar, construidas para la velocidad aérea. Este dragón era diferente. Era una colosal masa de fuego y piedra, un titán de roca volcánica, con escamas irregulares y músculos ondulantes, construido no para velocidad ni agilidad, sino para una fuerza abrumadora, capaz de destruir montañas con facilidad, de rasgar grandes grietas en la tierra que engullían reinos enteros, de levantar cordilleras y crear cañones. Por un largo momento, el dragón saboreó su libertad, con las alas desplegadas y el rostro dirigido al sol. Era colosal, una criatura tan enorme que Bjorn apenas podía creer que fuera real, a pesar de estar tan cerca. Debía medir aproximadamente una milla y media de largo. ¿Cómo podía algo tan vivo ser tan grande? ¿Podría volar? Si podía, sería como ver a una montaña alzarse en vuelo. "Tú." La voz del dragón resonó con toda la fuerza de una ladera cediendo y abriendo camino hasta los valles. Los enanos tenían leyendas sobre una figura llamada el Padre de las Montañas. La voz del dragón era exactamente cómo Bjorn imaginaba que debía sonar el Padre de las Montañas. "¿Dónde está Doomwing?" El aire se llenó de ceniza, y la nieve sobre la ladera de la montaña se derritió y corrió en corrientes burbujeantes que pronto se convirtieron en vapor. El calor abrumador que radiaba el dragón habría podido matarlos a todos, si no fuera por su magia defensiva, y esa magia, con la ayuda del conjunto de artefactos que portaba, estaba al borde del fracaso. El dragón ni siquiera atacaba. Su mera presencia era suficiente para enviarlos al borde de la aniquilación. Como si se diera cuenta de lo que hacía, el dragón flexionó sus enormes hombros, y las cenizas en el viento se enfriaron. El brillo volcánico entre sus escamas disminuyó. El dragón lo miró y volvió a hablar. "Busco a Doomwing. Como no estoy muerto, supongo que hemos salido victoriosos. ¿Qué fue de la Estrella Exiliada? La recuerdo en su lugar, para que Doomwing pudiera derribarla..." El dragón negó con la cabeza. "Solo mantenlo en su lugar, Ashheart. No será tan grave, Ashheart. Fácil decirlo para él. Ni siquiera él habría podido soportar un solo golpe directo de esa bestia, y me pide que soporte varios." El dragón extendió sus alas y rugió. El sonido estremeció toda la cadena montañosa, y Bjorn apenas contuvo un grito de terror. Muchos otros no tuvieron la misma fortaleza de ánimo. "Pero acepté el desafío, porque soy Ashheart. Soy quien enfrentó a la Estrella Exiliada, quien se atrevió a luchar contra el Señor de las Mareas. ¡Fui yo quien rompió la espalda de los más grandes de los seres del Árbol Madre!" Ashheart miró alrededor. "¿O todavía se lamenta Dawnscale? Será problemático si ha decidido esconderse." Su mirada se posó en Bjorn. "Tú... tienes la armadura más fina, así que seguramente tú estás a cargo aquí. ¿Dónde está Doomwing?" "Eh..." Bjorn hizo una mueca. "No sé exactamente dónde está, pero está al norte de nosotros. Vive en un volcán, eso he oído." "¿Un volcán?" Ashheart se rió. "Quizá pueda embellecerlo para él." Hizo una pausa. "¿Conoces a la Estrella Exiliada?" Bjorn negó con la cabeza. Había una leyenda que hablaba de alguna estrella que descendió del cielo para sembrar el caos, pero era solo unas líneas en un pergamino antiguo. "No." "Ya veo." El dragón dejó escapar un bajo ronroneo y tuvo que mantener el equilibrio mientras los restos de la montaña amenazaban con colapsar bajo él. "Entonces... ¿cuál fue la última calamidad realmente terrible que recuerdan tus pueblos? Hablo de un evento catastrófico, de esas cosas que solo existen en mitos y leyendas." "Pues... supuestamente, hace mil años, un dios zorro distorsionó la mente de uno de mis antepasados..." "¿Un... dios zorro?" La expresión de Ashheart se volvió grave. "Maldita sea. Debo haber tardado más en recuperarme de lo que pensaba, si ha habido otra Catástrofe."

Allá lejos, Doomwing suspiró y desvió su mirada de Anataria, quien finalmente dejó de gritar. Una ola de magia recorrió la zona, proveniente del sur, impregnada con el aroma de ceniza. Era como

un volcán en actividad, un miasma de calor y piedra tan intenso que solo podía significar una cosa. Sus labios se curvaron en una sonrisa. —Ashheart—, dijo—. Por fin has despertado de nuevo. Deberías venir a visitarme. Estoy harto de que tus cosas llenen mi tesoro.